COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 320. ¿Qué es el Viático?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 320 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué es el viático?

«El viático es la Eucaristía recibida por quienes están por dejar esta vida terrena y se preparan para el paso a la vida eterna. Recibida en el momento del tránsito de este mundo al Padre, la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo muerto y resucitado es semilla de vida eterna y poder de resurrección».

El viático, tal y como hemos escuchado en la explicación, no es sino la Eucaristía recibida con una conciencia especial y en una situación especial: aquella en la que vemos inminente el paso de esta vida a la vida eterna. Al recibirlo, estamos subrayando algo que vivimos siempre que comulgamos, pero que en ese momento adquiere un relieve singular; aquello que decía Jesús en el **capítulo sexto de San Juan, versículo 54**: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; yo lo resucitaré en el último día».

Es una afirmación clave en el discurso eucarístico de Jesús: la Eucaristía es prenda de resurrección y de vida eterna. Comulgar es tener ya la vida eterna en nosotros; uno no tiene que esperar a después de la muerte para ello. Ya ha sido adelantada aquí; la tienes contigo. Es como si dijésemos: «el cielo ya está en ti». Al comulgar recibes a Jesucristo, y esto es lo que ocurre de manera eminente en el momento del viático.

Pensad lo que esto supone. Estar en un momento de tránsito, expectantes, diciendo: «a esta persona le puede quedar poco tiempo de vida». En ese momento recibe la comunión y está con aquel con quien se va a encontrar cuando haya terminado su vida. Es como decir: «me adelanto al otro lado de la puerta para acompañarte en ese tránsito». Al otro lado de la puerta no pasarás solo; irás agarrado de la mano de Jesús. Es maravilloso.

Repito este versículo, **Juan 6, 54**: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; yo lo resucitaré en el último día». Hay una promesa de que no únicamente tendrás la vida eterna después de la muerte viviendo con Jesucristo, sino también la promesa de que, al final de los tiempos, en la parusía, tu cuerpo resucitará. Este cuerpo que en el momento de tu muerte se va a descomponer recibirá también la gloria al final. Y es que ese cuerpo resucitado de Jesucristo —porque cuando comulgas estás recibiendo el cuerpo resucitado de Jesucristo, aquel que no conoció la corrupción en el sepulcro— es una prenda de la promesa de que también tu cuerpo —no solo tu alma, sino tu cuerpo— resucitará al final de los tiempos.

Este sacramento es, por lo tanto, el viático: el subrayado del momento del paso. También Jesús, cuando celebra la Eucaristía —fijaos en el **capítulo 13 de San Juan** en el que

narra ese momento, dice: «Antes de la fiesta de la Pascua (paso), sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo». Esto es precisamente lo que es el viático: ha llegado el momento de pasar de este mundo al Padre y entonces recibo la Eucaristía como acompañante en el camino.

Igual que existen sacramentos de la iniciación cristiana —recordáis que son tres: Bautismo, Confirmación y Eucaristía—, existen también sacramentos del último paso, sacramentos para el tránsito definitivo y final. Los tres primeros —Bautismo, Confirmación y Eucaristía— son los del inicio. Y estos otros tres —Penitencia (la confesión), Unción de enfermos y Eucaristía— son los sacramentos finales; los sacramentos para el paso, para la Pascua, para el tránsito a la vida eterna.

Recordad que decíamos que, cuando uno tiene la capacidad, debe confesarse antes de la Unción de enfermos; y la Unción de enfermos, para que sea celebrada en plenitud, se celebra dentro de la Eucaristía, pudiendo ofrecerse incluso el viático en el momento último de nuestra vida, en ese tránsito.

La Eucaristía recibida de esa manera tan especial en el momento final de la vida, llamada viático —«vía» viene de camino—, es el alimento para el camino, para el tránsito. Nos recuerda también aquel maná con el que los israelitas eran alimentados para llegar a la Tierra Prometida; así recibimos el viático como alimento para llegar a nuestra Tierra Prometida. El Catecismo lo llama «semilla de vida eterna», porque en una carne mortal que está experimentando su mortalidad de manera muy singular —porque en la agonía la vida se escapa—, de repente llega el viático, que es la carne resucitada de Jesucristo, la semilla de la vida eterna. Y vivimos esa paradoja: la vida se me va, pero al Señor de la vida, que es semilla de vida eterna, lo recibo sabiendo que esta carne mortal, al abrazar la carne resucitada de Jesucristo, recibe todo el consuelo y la promesa de la vida eterna.

Pidamos a Dios —hemos concluido con este punto la explicación del sacramento de la Unción de enfermos— la gracia de poder morir bien, de tener una buena muerte recibiendo los santos sacramentos. Existe una iniciativa de la Conferencia Episcopal Española para que formalicemos nuestro testamento vital, en el que expresemos no únicamente nuestro rechazo a la eutanasia y nuestro deseo de recibir unos cuidados paliativos de manera proporcionada, sino también, en ese testamento vital, el deseo de ser acompañados espiritualmente con el sacramento de la Unción de enfermos y de los últimos consuelos espirituales en el momento de entregar nuestra vida al Padre.